

La experiencia de Dios en los pobres

Para Jon Sobrino, en su 80.º aniversario

Martin Maier
Jesuit Social Center, Europe
Bruselas

El 13 de noviembre de 2015 hubo un encuentro breve, pero muy significativo, entre el papa Francisco y Jon Sobrino. El que escribe estas líneas presencié ese encuentro, después de la misa matinal en la Casa Santa Marta, en el Vaticano. Jon le dio la mano al papa y le dijo que venía de El Salvador y que había vivido en la comunidad con los jesuitas asesinados en 1989. Francisco lo miró y le dijo: “Tú eres Sobrino”, y le dio un gran abrazo. A continuación, Jon le entregó una carta que la administradora del Centro Monseñor Romero le había pedido dar al papa, quien se la pasó a su secretario. Jon le dijo a Francisco que muy probablemente no tendría tiempo para leer la carta, en la cual la autora le hablaba de sus hijos. Pero le pidió una bendición. El papa llamó a su secretario, que le trajo la carta de nuevo y con cariño puso la mano sobre ella y la bendijo. Fue muy de Jon no haber hablado en ese momento de sus cosas, sino que hizo de “cartero” de una mujer salvadoreña. Luego, intercambiaron unas palabras sobre Mons. Romero. Al despedirse, el papa le dijo a Jon: “Escriba, escriba”.

En ese breve encuentro estuvieron presentes personas y “realidades” muy importantes para el papa y para Sobrino: El Salvador, el único país con el nombre del Salvador y donde nacieron san Óscar Romero y Rutilio Grande y sus compañeros, beatos dentro de poco. Con ellos estuvo presente la nube de mártires de El Salvador, entre ellos, los de la UCA. También estuvo presente el pueblo salvadoreño, representado por una madre y sus hijos. Y estuvo presente la teología de Jon, en el momento en el cual el papa lo animó a seguir escribiendo.

Agradecidamente, en este artículo quiero resumir lo que considero elementos esenciales y originales de la teología de Jon Sobrino, sin pretender ser exhaustivo con una obra teológica de miles de páginas. El principio y fundamento de su teología es la experiencia de Dios en los pobres de este mundo. Hay, pues, una correlación intrínseca entre la revelación de Dios y los pobres. La teología de

Sobrino es profundamente creyente en la presencia y la acción de este Dios en la historia, a través de los signos de los tiempos, y en el Dios de la vida, cuya gloria es que los pobres vivan. Este Dios se ha revelado en Jesús de Nazaret, en quien nos ha mostrado su cara humana. Su proyecto en y para este mundo fue y sigue siendo la construcción progresiva del reino de Dios, el cual pertenece a los pobres. También en ellos Dios nos muestra su cara humana, porque en ellos se encuentra presente Jesús.

1. Los signos de los tiempos

La categoría sistemática desarrollada por Sobrino para comprender teológicamente la presencia y la acción de Dios en este mundo es la de los signos de los tiempos. La fuente magisterial para una teología de los signos de los tiempos es la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II. En su número 4, afirma que

la Iglesia debe escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la mutua relación de ambas cosas. Es necesario, por ello, conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia lo caracteriza.

Sobrino llama a estos signos de los tiempos signos histórico-pastorales¹, porque orientan la pastoral de la Iglesia.

El número 11 de la constitución citada propone otro significado teológicamente más profundo de los signos de los tiempos. "El pueblo de Dios [...] procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios". Aquí, la constitución considera la historia desde una dimensión sacramental, pues posee capacidad para manifestar a Dios en el presente. En esa misma línea, Sobrino llama a los signos de los tiempos signos histórico-teológicos.

La novedad en la aceptación de los signos de los tiempos en la teología estriba en que los considera como un lugar teológico. Ignacio Ellacuría lo expresó de esta manera: "En los tan traídos y llevados signos de los tiempos acontece la revelación de Dios en la historia"². Por tanto, escrutar los signos de los tiempos

-
1. J. Sobrino, "Los 'signos de los tiempos' en la teología de la liberación", en J. M. Lera (ed.), *Fides quae per caritatem operatur. Homenaje al P. Juan Alfaro, S.J., en sus 75 años*, pp. 249-269 (Bilbao, 1989).
 2. I. Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia*, p. 233 (San Salvador, 1985).

significa poner en correspondencia la revelación de Dios con la historia. Esto no significa que la teología descarte la Escritura como la fuente más importante del conocimiento teológico; tampoco menosprecia la tradición y el magisterio eclesial. Su interés es el diálogo entre los signos de los tiempos y el *depositum fidei*, esto es, la interpretación de los signos de los tiempos a la luz de la Escritura.

El concepto de signos de los tiempos, en el sentido histórico-teológico, presupone la unidad de la historia: no hay una historia profana y otra sagrada, sino que aquella es la mediación de esta. De la misma manera, la historia de la salvación y la salvación en la historia interactúan, tal como lo subraya axiomáticamente Ellacuría:

Los “signos de los tiempos” son también comprobación de esta necesaria referencia a la historia, cuando se quiere descubrir la presencia histórica de Dios entre los hombres; los signos de los tiempos percibidos son una de las mediaciones indispensables para entender y hacer la novedad de la historia de la salvación³.

En este contexto, el mismo Ellacuría introduce una distinción fundamental entre el lugar y las fuentes de la teología. Las fuentes corresponden al *depositum fidei* y el lugar al *desde dónde* se hace teología. Ellacuría describe la interacción entre ambos de la manera siguiente:

La distinción no es estricta ni, menos aún, excluyente, porque de algún modo el lugar es fuente en cuanto que aquel hace que esta dé de sí esto o lo otro, de modo que, gracias al lugar y en virtud de él, se actualizan y se hacen realmente presentes unos determinados contenidos⁴.

Dicho con otras palabras, lo que las fuentes dan de sí depende del lugar desde donde se hace teología. Ellacuría propone el mundo de los pobres como el lugar más propicio para “leer” las fuentes. De ahí que la opción por los pobres tenga también una función hermenéutica fundamental⁵. Desde los pobres, se ve mejor la realidad y se entiende mejor la revelación.

El concepto de los signos de los tiempos fue asumido, en su densidad teológica, por la conferencia del episcopado latinoamericano en Medellín, en 1968. Los obispos reconocieron que el signo de los tiempos más importante en América Latina era la irrupción de los pobres. Para Ellacuría, ellos son signo de la presencia de Dios y la continuación histórica de Cristo crucificado. Más aún, los considera el signo más importante de todos los tiempos. “Ese signo

3. I. Ellacuría, “Fe y justicia”, en AA. VV., *Fe, justicia y opción por los oprimidos*, p. 24 (Bilbao, 1980).

4. I. Ellacuría, *Conversión de la Iglesia*, o. c., p. 268.

5. También J. L. Segundo, “La opción por los pobres como clave hermenéutica para entender el Evangelio”, *Sal Terrae* 74 (1986), 473-482.

es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma de crucifixión”⁶.

Sobrino retoma la importancia de los signos de los tiempos para la teología, de la manera siguiente:

Y al nombrar esos signos de los tiempos —la injusta y colectiva miseria que clama al cielo y los anhelos de liberación [Medellín]— apuntó a aquel lugar histórico y teológico desde el que se debe hacer teología y desde el cual se debe integrar todo lo que la teología elabora a partir de sus fuentes, la revelación, la tradición y el magisterio: el mundo de los pobres⁷.

2. Seguir al Jesús pobre y humilde

La teología de Sobrino está profundamente enraizada en los *Ejercicios espirituales*, de Ignacio de Loyola. Este invita al ejercitante a contemplar y seguir a Jesús pobre y humilde. Este Jesús constituye el centro de la cristología de Sobrino. Jesús era un hombre humilde del pueblo. Era hijo de un simple carpintero. Era un profeta laico y no pertenecía al grupo de los sacerdotes. Pero estaba muy familiarizado con las sagradas escrituras de Israel. Conocía a fondo la historia del éxodo, cuando Yahvé liberó a su pueblo oprimido y explotado en Egipto. A través de los salmos, había conocido a Dios como el defensor de las viudas y los huérfanos. En los libros de los profetas, había descubierto al Dios partidario de los pobres, que exige la transformación de las estructuras injustas. Conocía la frase del profeta Jeremías, que intercala íntimamente el conocimiento de Dios con la praxis de la justicia: “Hacía justicia al cuitado y al pobre. Por eso, todo iba bien. ¿No es esto conocerme —oráculo de Yahvé?” (22,16).

No es sorprendente, por tanto, que en el Nuevo Testamento encontremos a los pobres. En su homilía programática, en la sinagoga de Cafarnaum, Jesús leyó en el profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva” (Lc 4,18). ¿Quiénes son los primeros en las bienaventuranzas? “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de Dios” (Lc 6,20). Al bendecir a los pobres, Jesús expresa que el sentido de la vida no proviene de la acumulación de riquezas, sino de compartir. Es una experiencia real. Los pobres tienen más disponibilidad y capacidad para compartir que los ricos, aunque siempre hay excepciones en ambos lados. En el grito de júbilo del evangelio de Mateo, Jesús exclama: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25). Finalmente, en el gran discurso sobre el juicio final, al término del evangelio de Mateo, Jesús se identifica con los pobres

6. I. Ellacuría, “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981), 58.

7. J. Sobrino, “La teología en América Latina”, en *Iniciación en la práctica de la teología. Introducción*, p. 368 (Madrid, 1984).

y los necesitados, se hace uno de ellos. Si a alguien le compete el título de vicario de Cristo, es a los mencionados en este discurso.

A partir de aquí, Sobrino reflexiona teológicamente sobre la encarnación y subraya el doble abajamiento de Dios.

Dios se ha dirigido a nuestro mundo, se ha introducido en nuestra historia y se ha hecho parte de nuestra humanidad desde lo “débil y pequeño, desde lo pobre y oprimido”. Nuestro Dios es un Dios encarnado y abajado reduplicativamente: abajado y humano, y abajado a aquello que, dentro de lo humano, está más abajo, lo pobre y débil⁸.

Por eso, la salvación está en íntima conexión con los pobres. Una de las fórmulas originales y felices de Sobrino afirma que “Fuera de los pobres no hay salvación”⁹. Ellos son el sacramento de Dios en este mundo. Son sus vicarios. Son portadores de salvación. En un discurso de 1984, durante su viaje a Canadá, Juan Pablo II declaró proféticamente, en alusión a la parábola del juicio final, que los países pobres del sur serían los jueces de los países ricos del norte. Esta afirmación recuerda la siguiente intuición de Ignacio de Loyola:

Tanto los prefirió a los ricos, que quiso Jesucristo elegir todo el santísimo colegio de entre los pobres, y vivir y conversar con ellos, dejarlos por príncipes de su Iglesia, constituirlos por jueces sobre las doce tribus de Israel, es decir, de todos los fieles. Los pobres serán sus asesores. Tan excelso es su estado¹⁰.

La identificación del pueblo oprimido y explotado con el siervo de Yahvé del profeta Isaías y con Cristo crucificado lleva a Sobrino a “una teología del pueblo crucificado”¹¹. El pueblo crucificado llama a sus verdugos a la conversión y les ofrece el perdón y la salvación. Es la misma intuición de Pablo, que afirma que Dios ha escogido a los necios y los débiles para traer la salvación (1 Cor 1,26-30). La salvación cristiana viene de abajo.

3. Una teología del reino de Dios

El reino de Dios es tan central para la teología de la liberación, que, según Sobrino, esta también podría ser llamada “teología del reino de Dios”. Jesús no se predicó a sí mismo, sino al reino de Dios. El concepto aparece 104 veces en

-
8. J. Sobrino, “La comunión eclesial alrededor del pueblo crucificado. A la memoria de Ignacio Ellacuría”, *Revista Latinoamericana de Teología* 20 (1990), 146ss.
 9. J. Sobrino, *Fuera de los pobres no hay salvación. Pequeños ensayos utópico-proféticos* (Madrid, 2007).
 10. MHSI, *Mon. Ign. Font Narr.*, I, 314.
 11. M. Maier, “Teología del pueblo crucificado. En el 70.º aniversario de Jon Sobrino”, *Revista Latinoamericana de Teología* 75 (2008), 279-294.

los evangelios. Jesús tuvo un proyecto con y para este mundo, al cual llamó reino de Dios. Este reino tendría que realizarse en la historia, aunque su cumplimiento está reservado para el fin de ella. Es un reino de justicia y de paz, de fraternidad y de solidaridad. Para Jesús, ese reino es siempre el reino *de* Dios y Dios es el Dios *del* reino. Aquí está la raíz profunda de la orientación fundamentalmente práctica de la teología de la liberación. La teología da la liberación se vuelve hacia la práctica porque quiere contribuir con la construcción del reino de Dios en la historia.

El reino se entiende desde sus primeros destinatarios: los pobres. En la misma línea que el exégeta alemán Joachim Jeremias, Sobrino sostiene que el reino pertenece únicamente a los pobres¹². El reino es para ellos buena noticia, porque trae el cambio de su difícil situación vital. Jesús pone signos de ese reino con sus milagros: las curaciones, las expulsiones de demonios, el perdón de los pecados, etc. De todo ello, Sobrino concluye que el reino de Dios es un mundo o una sociedad que posibilita la vida y la dignidad de los pobres.

En el reino de Dios prevalece también una nueva comprensión del poder y de la autoridad: el poder es ejercido como servicio. De esa manera, Jesús revierte la comprensión acostumbrada del poder y del hacer carrera. “Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos y los que las oprimen se hacen llamar bienhechores. Pero ustedes, no actúen así, pues el mayor de entre ustedes ha de ser como el más joven, y el que gobierna, como el que sirve” (Lc 22,25ss). Jesús pone en práctica esta enseñanza cuando lava los pies de sus discípulos.

En otro contexto, explica la nueva concepción del poder colocando a un niño en medio y diciendo: “Les aseguro que si no cambian y se hacen como los niños, no entrarán en el reino de los cielos. Así, pues, el mayor en el reino de los cielos será el que se humille como este niño. Y el que acoge a un niño como este, en mi nombre, a mí me acoge” (Mt 18,3ss). Jesús se hizo uno con los niños. Ellos son sus vicarios. Hacer carrera, en el sentido de Jesús, es hacerse pequeño y servir.

Otra contribución original de Sobrino en su cristología es concebir la praxis del seguimiento como clave hermenéutica. Conocer a Jesús es seguirlo, una afirmación cercana a la de los *Ejercicios espirituales*, de Ignacio de Loyola, que invitan a poner el amor más en las obras que en las palabras. La verdad de la Biblia ha de ser vivida, esto es, puesta en práctica. El seguimiento es una categoría epistemológica y un principio hermenéutico fundamental.

4. La teología del martirio

No sorprende que Jesús haya desencadenado y siga desencadenando conflictos. La opción por los pobres es conflictiva. Quien dice: “Bienaventurados

12. J. Jeremias, *Neutestamentliche Theologie. Erster Teil: die Verkündigung Jesu*, pp. 11, 118 (Gütersloh, 1971).

los pobres”, también debe decir: “Ay de ustedes, los ricos”. La defensa de los oprimidos requiere la oposición a los opresores. Opción implica decisión. Jesús pide una decisión. La decisión implica la apropiación de unas posibilidades y, simultáneamente, dejar otras. Jesús provoca. Su predicación del reino de Dios, en palabras y hechos, entra en conflicto con el poder religioso y político de su tiempo. Así, al reino de Dios se opone a lo que Sobrino llama “el antirreino”. La lucha entre el reino y el antirreino se corresponde con la lucha entre el Dios de la vida y los ídolos de la muerte.

Jesús provoca al desenmascarar y denunciar una piedad legalista. Al curar en el *sabat*, se enfrenta con los fariseos. “Entonces, mirándolos con ira, apenado por su cerrazón de mente”. Y después: “En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él, para ver cómo eliminarlo” (Mc 3,6). El conflicto se vuelve, así, mortal. Jesús fue ajusticiado por blasfemo y revoltoso.

A partir del martirio de Jesús, Sobrino elabora su teología del martirio. Mons. Romero le pidió, ante el asesinato de tantos sacerdotes y laicos, que reflexionara teológicamente sobre el martirio por la justicia, una nueva realidad. El asesinato de los compañeros de su comunidad y de dos mujeres, el 16 de noviembre de 1989, lo confrontó todavía más existencialmente con el martirio. Así, el tema de su conferencia, en el congreso de teología de la liberación, en El Escorial, en julio de 1992, fue “De una teología de la liberación a una teología del martirio”¹³. Eso no significó la sustitución de la liberación por el martirio, sino la integración de liberación y martirio. Junto con el martirio, Sobrino menciona simultáneamente la esperanza y la creatividad que caracterizan a la Iglesia latinoamericana.

Los mártires latinoamericanos son, para Sobrino, “mártires jesuánicos”, porque han sido asesinados en el seguimiento de Jesús y por las mismas razones que él. Muchas veces, se lo predijo a sus discípulos. “Bienaventurados serán cuando los injurien y los persigan, cuando, por mi causa, los acusen en falso de toda clase de males. Alégrese y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera, persiguieron a los profetas anteriores a ustedes” (Mt 5,11ss).

Los mártires iluminan la cristología de Sobrino. “Los mártires son, histórica y existencialmente, la mejor mistagogía para la cristología”¹⁴. Ellos constituyen la cara jesuánica del cristianismo y le otorgan credibilidad. Son mártires por la causa de Jesús. Son mártires por la justicia.

-
13. J. Sobrino, “De una teología solo de la liberación a una teología del martirio”, en J. Comblin, J. I. González Faus y J. Sobrino, *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, pp. 101-121 (Madrid, 1993).
 14. J. Sobrino, “Los mártires jesuánicos en el tercer mundo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 48 (1999), 250.

Mártir es no sólo ni principalmente el que muere por Cristo, sino el que muere como Jesús; mártir es no sólo ni principalmente el que muere por causa de Cristo, sino el que muere por la causa de Jesús. Martirio es, pues, no sólo muerte por fidelidad a alguna exigencia de Cristo, que hipotéticamente pudiera incluso haber sido arbitraria, sino reproducción fiel de la muerte de Jesús¹⁵.

Por eso, la cruz de Jesús y la muerte de los mártires se iluminan recíprocamente.

Digamos también que la cruz de Jesús remite a las cruces existentes, pero que estas, a su vez, remiten a la de Jesús, ya que son, históricamente, la gran hermenéutica para comprender por qué matan a Jesús, y, teológicamente, expresan en sí mismas la pregunta incallable del misterio de por qué muere Jesús¹⁶.

Los mártires desenmascaran el pecado que da muerte. Se vuelven luz, porque iluminan la verdad de este mundo, que es un mundo de víctimas. Los mártires llaman a la conversión y la solidaridad. Pero también muestran que la gracia y la resurrección son realidades históricas. Evangelizan y abren nuevos espacios para la vida. Demuestran que el amor y la solidaridad son una alternativa a la lógica dominante de la violencia y la explotación. Los mártires muestran que es posible vivir humana y cristianamente en este mundo.

5. Jon Sobrino y Mons. Romero

Sobrino considera que una de las gracias más importantes que ha recibido es haber sido asesor teológico y amigo de Mons. Romero. No siempre fue así. El 18 de mayo de 1975, Mons. Romero fue nombrado consultor de la Pontificia Comisión para América Latina. En noviembre de ese año, redactó un memorándum confidencial para esa comisión, titulado "Tres factores del movimiento sacerdotal político en El Salvador"¹⁷. En la primera parte, analizó críticamente las actividades de los jesuitas en el país, sobre todo, la teología enseñada en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA). Además de la "teología política" de Ellacuría, Mons. Romero advirtió a Roma acerca de la "nueva cristología" de Sobrino. Las congregaciones romanas reaccionaron con prontitud. Sobrino y Ellacuría tuvieron que demostrar por primera vez la ortodoxia de su teología.

15. J. Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, p. 444 (San Salvador, 1991).

16. *Ibid.*, p. 310.

17. J. R. Brockman, *La palabra queda. Vida de Mons. Óscar A. Romero*, pp. 80ss. (San Salvador, 1985).

La homilía que Mons. Romero pronunció el 6 de agosto de 1976, contiene una síntesis de su pensamiento teológico y político de entonces. Ese día, festividad de la Transfiguración del Señor, en San Salvador se celebra la fiesta patronal en honor del Divino Salvador del Mundo. Tradicionalmente, todos los que tenían una posición y un nombre en el país acudían a la catedral para asistir a la misa pontifical. El predicador de una ocasión tan solemne era seleccionado con especial cuidado.

En su homilía, Mons. Romero habló de Cristo como el Salvador y contra quienes entendían la liberación en sentido material. No aludió a los conflictos sociales. Pero atacó duramente las llamadas “nuevas cristologías”. Aunque no nombró a nadie, quedó claro que se refería a Jon Sobrino, quien recuerda esa homilía de la manera siguiente:

Yo no asistí a la misa del 6 de agosto, pero pocas horas después de concluida la misa, un sacerdote me trajo la grabación de la homilía. La escuché y me quedé de piedra. En el primer punto de la homilía, Mons. Romero criticó las cristologías que se producían en el país, cristologías racionalistas, cristologías que llaman a la revolución, cristologías con odio... En otras palabras, su homilía fue una fuerte crítica contra mi cristología¹⁸.

Un año más tarde, Sobrino se convirtió en uno de los asesores teológicos más cercanos de Mons. Romero.

Una experiencia decisiva en la vida de Sobrino es lo que llamó y analizó como la “conversión de Mons. Romero”. Según él, dicha conversión está marcada por tres elementos. El primero es el asesinato de Rutilio Grande y sus dos compañeros, pocas semanas después de haber sido nombrado arzobispo de San Salvador. El segundo es que los sacerdotes que él había tachado por sospechosos se pusieron enteramente a su disposición, en los tiempos difíciles de la persecución contra el clero. El tercero, y el más importante, fue el contacto directo de Mons. Romero con los pobres del pueblo y con las comunidades eclesiales de base. Sobre esto último, Sobrino escribió: “Para mí, no hay duda de que ahí está el último secreto de Mons. Romero, y así lo dijo. En una de sus más logradas palabras, de esas que no se pueden inventar si no se llevan de verdad en el corazón, dijo: ‘con este pueblo, no cuesta ser buen pastor’¹⁹.”

Mons. Romero ha sido, según confesión del mismo Sobrino, luz e inspiración.

Creo que sin Mons. Romero no hubiese podido formular teológicamente cosas tan fundamentales como el misterio de Dios, la Iglesia de los pobres, la esperanza, el martirio, la solidaridad, el evangelio como lo que verdaderamente es: buena noticia, y la figura de Jesucristo, cuyos tres años de vida y

18. J. Sobrino, *Monseñor Romero*, p. 14 (San Salvador, 1989).

19. *Ibid.*, p. 22.

misión, cruz y resurrección me han sido iluminados por los mismos años de Mons. Romero. [...] Estas y otras cosas se me han iluminado desde él y desde otros, es decir, desde la realidad²⁰.

El impacto de la teología de Sobrino en Mons. Romero es evidente en su segunda carta pastoral, del 6 de agosto de 1978, dedicada a “La Iglesia como cuerpo de Cristo en la historia”.

Volvamos a lo esencial. En el centro de la teología de Jon Sobrino, se encuentra la experiencia de Dios y el encuentro con Jesucristo en los pobres. En su sufrimiento, estos hacen presente a Jesús crucificado y, en su testimonio de fe, transmiten luz y esperanza. Además, son maestros en el arte de hacer fiestas. Esto último hace que Sobrino añada a las tres famosas preguntas de Kant —¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?—, una cuarta pregunta, desde los pobres de América Latina: ¿Qué me es dado celebrar? Ellos, en su “esperanza contra toda esperanza”, creen en la posibilidad de un cambio que mejore su situación actual y, por esa razón, mantienen viva la utopía de un mundo más justo y fraternal. Al colocar a los pobres en el centro de su teología, Sobrino también ilumina, transmite esperanza y difunde el sabor de la Buena Nueva. El homenaje más bonito a Jon Sobrino es de José Ignacio González Faus, quien, en una carta que le escribió, le dice que “con obispos como Romero, tampoco tiene nada de extraño que surjan teólogos como Sobrino”²¹.

20. *Ibid.*, pp. 37s.

21. J. Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres como lugar teológico de la ecclesología*, p. 13 (Santander, 1981).